

Estanislao Zuleta

destilado en agua del Corán

He visto en televisión un bello documental sobre una caravana de los Tuaregs, que cruza el desierto del Teneré, una región del Sahara, en Níger.

Para curar a un camello enfermo, el más sabio de los bereberes escribe un versículo del Corán con una tinta espesa sobre una pizarra, la que luego lava con agua que cae a un pequeño tazón. De esta manera el texto licuado del libro sagrado se da a beber al sediento camello el cual, confiando en Alá, se levantará y continuará su marcha hacia el lejano oasis.

Fórmula de consagración del texto escrito que supera a la que utilizaba mi tío Leonidas quien por la imposición de las manos sobre una vaca gusanienta, al conjuro de una oración recitada de memoria, producía también un milagro de sanación, aunque en un entorno más mundano y relegado a la oralidad.

La charlatanería, elevada a las páginas de libro, adquiere credibilidad y permanencia y asegura un formato para mejor transporte y conservación. Es posible que la facilidad de escribir, editar e imprimir libros sea una de las peores endemias que hayan caído sobre la especie humana, creando con la abundancia libresca graves distorsiones a la difusión del pensamiento racional, disfrazando con la buena presentación editorial la mala calidad del contenido y socavando la libertad que trajo el alfabetismo.

Había escrito los anteriores párrafos como reacción al alud de títulos que inunda las librerías de aeropuertos, en una larga espera del avión durante un reciente viaje. Motivado por comentarios de prensa y referencias de tertulios, abordé el libro *La Rebelión de un Burgués – Estanislao Zuleta, su vida*, escrito por Jorge Vallejo Morillo, del sello editorial Norma, 2006. Y he aquí que esos apuntes que yo había archivado como “políticamente incorrectos”, adquirieron relevancia y justificación.

Este es un libro mediocre, pero es un par de cosas más. Al inicio le pusieron como prólogo un artículo de William Ospina, publicado en revista *Semana* en 2003. A este texto breve y elogioso del significado de EZ en el pensamiento colombiano, el promotor comercial se cuidó de hacerle una alteración (la referencia “hace trece años” fue cambiada por “hace dieciséis años”), con el propósito de utilizarlo, así “actualizado”, en la contracarátula, como crédito de prestigio en la operación de mercadeo. Se dice que las contracarátulas, por los términos elogiosos en que suelen estar redactadas, “las escribe la mamá del autor”. En este caso debemos recordar que algunas editoriales hacen que los autores integrantes de su catálogo aparezcan acreditándose unos a otros y, también, que en el mercado colombiano W. Ospina tiene más crédito que J. Vallejo.

El autor del libro advierte desde el principio que “el método no será otro que el dejarme ir yendo”. Como consecuencia de esto, la falta de rigor en el tratamiento de citas, entrevistas y transcripciones de textos queda establecida desde la pág. 26: “Lo que va escrito en cursiva, sin comillas ni pie de página, pertenece al Zuleta oral, escrito o transcrito. Lo mismo hago con los textos de Thomas Mann y con las opiniones de las personas entrevistadas”.

Al contrario de lo que se anuncia en la Presentación (pág. 20), no se trata de una biografía. Para serlo le faltaría como mínimo un recuento confiable de los hechos históricos, una descripción de los rasgos esenciales y alguna exégesis del devenir del biografiado. Su cumplimiento de esas obvias expectativas son diez o doce crónicas desordenadas, repetitivas, que no siguen una secuencia ni una línea de pensamiento.

Las fuentes que se evidencian en las páginas de esta obra son: a) documentales, b) testimoniales, c) la imaginación del autor, d) la inspiración poética, e) el demonio de la elocuencia y f) el duende de las frases incoherentes. Veamos los resultados. Descarga sobre algunas personas una andanada de insultos, señalándolas como el arquetipo de los males de Colombia o la raíz de los conflictos de personalidad que distinguieron a EZ. Eleva gratuitamente a otros personajes a la categoría de superhombres, como es el caso de Estanislao Zuleta Ferrer, a quien está dedicado el relato 2. *El Padre*. En

pág. 46 se lee: “La personalidad de Zuleta Ferrer correspondía a la de un librepensador muy culto y refinado, de ideas políticas decantadas, amigo de los humildes y de los explotados; nada dado a las componendas políticas de siempre en su país, crítico de las costumbres y de los sistemas (...), fue una *rara avis*, un amigo de la causa de Gandhi y de la subversión pacífica, un amigo de la palabra, de las razones y los argumentos, de la conversación serena y matizada, un enemigo de atropellos, de los abogados comerciantes, de los curas apoltronados y del olor a sacristía de casi toda la cultura paisa y colombiana, de los militares abusivos y de sus métodos prusianos nunca sometidos a las normas ni de la paz ni de la guerra”. Ante semejante figura inflada con ligerezas, quienes hemos tenido información sobre la corta vida de este promisorio abogado conservador no podemos dejar de recordar datos que cuadran mal con algunas de las virtudes asignadas por el biógrafo, como la primera línea de la carta que le envió Fernando González el 27 de mayo de 1935, un mes antes de su muerte: “Querido Estanislao: Recibí el escudo de Laureano que me mandaste, y no lo comento porque me derrotaron”.¹

El descuido con que se presenta la información en este libro tiene cabal demostración en pág. 58 con el desfase cronológico de poner a Zuleta Ferrer a escribir para la revista *Antioquia*, cuyo primer número apareció en mayo de 1936, casi un año después de su muerte. Los más conocidos intentos de su producción literaria fueron publicados, con el pseudónimo de “Micromegas”, en la revista *Claridad* que circuló en Medellín hacia 1930 y que en el libro aquí comentado se confunde con la revista de Fernando González. En los diez números de su revista *Antioquia*, éste no cita ni comenta ninguno de los mencionados escritos de Zuleta Ferrer.

Mencionemos otras inexactitudes flagrantes. Dice en pág. 65 y otras que la casa en que EZ vivió de niño y adolescente hacía parte del “exclusivo Barrio de El Prado”, cuando en realidad estaba en el cruce de la calle Cuba con carrera Chile, en un barrio de clase media que se llamaba Los Ángeles, localización esta que el biógrafo confirma en la pág. 107 como “vecina de la plaza María Auxiliadora”, muy distante de El Prado. Olaya Herrera asume el gobierno “a un año de la matanza de las bananeras” (pág. 81), cuando ésta ocurrió en diciembre de 1928 y la posesión de Olaya fue en agosto de 1930. A propósito de acontecimientos ocurridos hacia 1950, afirma que “a lo largo de tres décadas, Colombia había sido gobernada por el conservatismo y por el clero”, seguramente en referencia al régimen conservador que en realidad duró cuatro décadas y media. Sacco y Vanzetti resultan víctimas

1 Fernando González, *Cartas a Estanislao*. Editorial Arturo Zapata, Manizales, 1935. La carta citada es la XLVII, en pág. 208.

del macartismo (pág. 84), que surgió 25 años después de la ejecución de aquéllos. A Jorge Eliécer Gaitán –informa el biógrafo– lo asesinan un jueves 9 de abril (pág. 98).

Respecto de los amigos de EZ, el libro en referencia hace toda suerte de afirmaciones descuidadas. Al padre de Ramiro Montoya, un finquero de mediana fortuna, le inventa que era un intelectual (pág. 91). Mario Arrubla, que era menor que Zuleta, aparece como mayor (pág. 96). Alvaro Vélez tampoco era mayor, ni le habló del partido comunista (pág. 100), sino que era menor y era un joven conservador cuando EZ lo conoció. En pág. 180, por citar informaciones que el autor no confronta, Mario Ochoa es rebautizado como Óscar. De la pág. 109 a la 112 el marido de Lucy Tejada, Antonio Valencia, cambia de apellido. Son detalles sin importancia en un contexto histórico, pero exudan un ambiente de descuido en la información que es dada al lector. El colmo de la tontería llega con este engendro: “...conversaban, fumaban y bebían un brebaje inventado por ellos, la catalana, mezcla de alcohol etílico –que se conseguía en las farmacias– con gaseosas”. El brebaje descrito se llamaba ‘pipo’ y por supuesto no lo inventaron los jóvenes de que habla el biógrafo sino los alcohólicos marginales de Medellín (‘piperos’), y nunca fue consumido por EZ ni por ninguno del grupo de sus amigos.

Tampoco es cierto que el periódico *Crisis* llegó a tener quince ediciones, ni fue creado por la célula 40 del partido comunista en Medellín (págs. 127 y 129). A propósito de este periódico, el autor se mete en un territorio donde los inventos e imprecisiones quedan en evidencia frente a datos documentados y confrontables: Zuleta no escribió ni un solo artículo en *Crisis* y su nombre únicamente aparece en el Comité de Redacción del número siete. La verdad es que se limitaba a leerlo desde Bogotá, donde vivió a partir de 1956, y su vinculación se reducía a ser amigo de Mario Arrubla, Delimiro Moreno, Ramiro Montoya y Virgilio Vargas, que lo habían creado; los números iniciales fueron escritos principalmente por Arrubla y Moreno. De igual tono que las afirmaciones sobre este periódico hay otras a lo largo del libro que atribuyen a Zuleta los ideales, las tentativas, las realizaciones (también las frustraciones), los protagonismos y hasta las más variadas anécdotas de la generación a la cual perteneció. Es la lógica de los procesos mitificadores: una figura mercedamente destacada dentro de un pueblo o una generación se convierte en foco de condensación de rasgos y hechos notables –reales e hiperbólicos– de muchos otros individuos, que se hunden en la sombra en aras del personaje mítico. Miremos otro ejemplo: la fundación del Partido de la Revolución Socialista –PRS–. Aunque en pág. 130 aparecen dos testimonios textuales sobre los verdaderos creadores de ese partido, Vallejo los ignora e insiste en afirmar que “Zuleta, Llanos y un grupo de intelectuales (...) decidieron crear un nuevo

partido”, y excluye a Mario Arrubla, cofundador y gestor de la organización, editor de sus publicaciones y autor de los estudios sobre la economía colombiana que, de acuerdo con la ortodoxia marxista de la agrupación, debían ser base de su línea política.

Otro aporte de *La rebelión de un burgués* al género biográfico es el juego con lo probable. Consiste en hacer afirmaciones de tipo general (“los paisas son bebedores”) y deducir para su personaje un atributo o un defecto. En pág. 96, refiriéndose a la adolescencia del biografiado, dice que “él había nacido en un medio anegado de aguardiente, era bisnieto de un minero, era un paisa hijo de paisas, los amigos de la familia y los suyos propios era bebedores, empedernidos unos, circunspectos otros”. Busca así, aguas arriba, raíces para el alcoholismo de la madurez de EZ, utilizando de paso un sistema generalizador que podría valer para cualquier individuo con ancestro paisa.

Los berretines poéticos del autor se manifiestan en el uso reiterado de la metáfora para acercarnos a los perfiles del biografiado. En pág. 63: “El asma se le agitaba en la escuela. Terminó la primaria ya viejo para el promedio de edad: once-doce años. Para ese potro desbocado no podía existir pesebrera alguna; enclaustrado a las malas, se entristecía; amarrado, empezaba a sudar, a befar, a relinchar como un loco y entonces más se cansaba...”. En págs. 119 y 120 vuelve el símil equino para narrar el matrimonio del biografiado con una parrafada en que compiten las inexactitudes y la mala literatura: “Hacia principios de 1957, el mozo de veintidós años era un hombre apuesto, inteligente, de una memoria deslumbrante y de profundas cosmovisiones. No tenía más títulos que esos. (...) Para la época, Estanislao era un corcel brioso, como los auténticos caballos de nuestros llanos orientales. Iba y venía a su antojo. Era un caballo entero. Brioso en las lides intelectuales, tenaz para beber, amigo de sus amigos. Brioso y todo, era, sin embargo, súper tímido con las mujeres. En una fiesta imantada por juventud de muchachos comunistas y de liberales de izquierda conoció a una potranca de raza, de fina caballeriza, avispada y querendona. La potranca pertenecía al ható de la familia Santos por parte de su madre y al de la familia Ortiz, por la del padre. Rancias familias ambas, con heráldica y todo. Su padre era un diplomático de carrera y hombre culto; su madre la joven esposa de un diplomático y hermana de los dueños de *El Tiempo*. María del Rosario Ortiz Santos no era bonita pero sí muy avispada. Se olieron. Ella lo condujo a un descampado y lo sedujo. Trotaron un rato. Ella quedó embarazada y él, paisa raizal, se comprometió a responder como padre y como marido. Ella estaba entusiasmada, algo enamorada. Él no; se limitaba a responder por un compromiso creado en la cama. Orbitaron juntos por un tiempo. Él no la amó; ella apenas acepta recordarlo”.

La propensión al símil irrumpe en otras páginas, siempre bajo zoomorfismos: “Saltaban de cima en cima, llevados por el entusiasmo etílico con la presteza de las águilas para luego precipitarse a las cimas oscuras de la resaca y seguir aún buscando y creando; reptando, como las serpientes” (pág. 106).

Desde el primer relato aparece una especie de duende travieso que a lo largo de la obra va dejando frases sueltas e incoherentes. En pág. 21: “El que escoge, elige”. En pág. 38: “Su entierro no fue fiesta ni una asamblea de los Alcohólico Anónimos, inclusive lloviznaba”. En pág. 45: “Es posible que los restos del cantante y los de sus amigos hubieran ido a la morgue a hacer algunas diligencias médicas antes de embarcarse en un larguísimo periplo...”. En esta misma página el travieso duende nos transcribe las primeras dos estrofas del tango canción *El día que me quieras*, que tiene letra de Alfredo Lepera y música de Carlos Gardel, muertos en Medellín en el mismo accidente en que murió Estanislao Zuleta Ferrer; trágico suceso que aprovecha el autor para meterse en temas de tango y confundir el nombre de una película en que actuó Gardel, *Las luces de Buenos Aires*, con el título de un supuesto tango de su autoría. En pág. 56, refiriéndose a los Panidas dice que “la melena de León de Greiff parece ser el símbolo de esa agrupación de neuróticos capaces de tumbar gobiernos”. En pág. 115 se lee: “Un mundo posible, pero imposible” (frase verdaderamente imposible). En pág. 241: “El viaje de Ucha a Italia le brindó la oportunidad de ejercitarse en el género epistolar”. En pág. 241: “Zuleta era un polemista sin televisión”. Estos escarceos cantinflescicos alcanzan su plenitud en la pág. 232: “Contratado para pensar, centró sus energías tanto en el problema teórico y conceptual de los derechos humanos como en el problema de la vivencia de los mismos en una sociedad cada día más indolente e insensible frente a las múltiples formas de violación de los mencionados derechos. En el primer plano empezó por una revisión *ab ovo* del tema con el apoyo de sus disciplinas básicas: la historia, la sociología, la antropología, el psicoanálisis y la economía. Revisó su marxismo desde su más íntima esencia: la crítica dialéctica. Se instaló en su tiempo, a sabiendas de que vinculaba el pasado con el presente y a éstos con los propósitos posibles. Demostró su garra de pensador que se sobrepone a sí mismo y a sus tragedias personales para producir una visión vigorosa sobre uno de los aspectos más importantes y de mayor trascendencia para el futuro, no sólo para Colombia sino para los D.D.H.H.”.

El mismo Vallejo nos cuenta que para el acopio de información se documentó en archivos y bibliotecas y en “la interminable saga de nombres y de huellas que me llevarían a caminar por buena parte del país” (pág. 25). Infortunadamente presenta sin rigor y en absoluto desorden las pruebas documentales así recogidas, como se nos advierte desde el párrafo final de la Presentación (pág. 26). Sobre la utilización de testimonios es evidente que no

los somete a ningún análisis ni confrontación y que en los hechos donde hay lagunas de memoria de los entrevistados, el autor los completa con su propia imaginación, especialmente cuando se requiere que el cuadro de las idealizaciones sea creíble. Este recuento de suposiciones es más evidente en los capítulos *1. El padre*, *2. El otro padre*, y *6. Bucarest*, como veremos enseguida.

En la pág. 55 dice: “Entre los 10 y los 16 años Estanislao frecuentaría a González casi todos los fines de semana hasta la ruptura por razones políticas”. Es decir entre 1945 y 1951, “casi todos los fines de semana”. Eso a Vallejo o se lo contaron o se lo imaginó, pero es una fábula. Hasta el mismo EZ en sus relatos autobiográficos reduce sus contactos con FG a la época de adolescencia y en ningún caso a tan precoz edad.

Lo que salta a la vista en esos capítulos 1 y 2 es la ausencia de todo documento o análisis sobre la influencia que tuvo EZF, padre ausente, sobre el niño tímido y el adolescente desconcertado, porque obviamente aquella carencia de padre va a ser determinante en los complejos y obsesiones del hijo huérfano. Las dos vidas, o el bosquejo que de ellas hace Vallejo, son mostradas sin relación en el tiempo y el espacio y sin intento de interpretación en las propuestas del “aspirante a biógrafo”, como se autodenomina el autor en pág. 23.

Más que ningún otro, el capítulo *6. Bucarest* puede considerarse un relato aislado y merece una mención como aporte de la ficción a las fuentes de la historia y la biografía. Aquí se nos cuentan unas aventuras basadas en el testimonio de Óscar Hernández, compañero del viaje, y en los recuerdos de Lucy Tejada, pintora que se los encontró desorientados y sin recursos en Europa. Con base en esos dos testimonios el relato se enmarca en una idealización ingenua, diametralmente opuesta a la descripción realista y socarrona que el mismo Zuleta hacía de aquella fugaz aproximación a Europa y que el autor de esta reseña le escuchó más de una vez. También a Oscar Hernández le hemos oído un relato lleno de más frustraciones que logros, muy distinto de las proezas que se describen en estas páginas. El grado de fabulación puede medirse por el siguiente párrafo sobre la capacidad del biografiado para hablar en rumano, idioma totalmente extraño a los oídos del hispanohablante, a pesar de las comunes raíces latinas: “Estanislao conoció a unos sindicalistas rumanos y con ellos compartió conversaciones políticas, filosóficas y literarias. El problema del idioma se resolvería como siempre en esa clase de ensalada de lenguas de nuestro romance (por su origen latino, el rumano hace parte del mismo rizoma lingüístico), por la comprensión global de las ideas y el acercamiento paulatino de las palabras, sus vertientes comunes y sus diferenciaciones”.

Hay en el libro tres crónicas que se salvan por su coherencia, cada una centrada en un tema unificador. No profundizan en ningún acontecimiento

de la época, ni en la personalidad de EZ, pero sí logran buen nivel de comunicación. Una de esas crónicas es la número 9. *Cali*, sobre la Universidad Santiago de Cali, de la que EZ fue vicerrector por el fugaz período de nueve meses, de marzo de 1969 a junio de 1970; pero el libro describe con claridad la crisis que vivió aquella universidad, los acercamientos de Zuleta a la educación formal colombiana y las aperturas que propuso hacia las grandes corrientes del pensamiento occidental como materia de análisis y formación.

Otra crónica pasable es la 10. *Medellín*, en que se nos cuentan las actividades del biografiado como profesor de tiempo completo en la facultad de Economía de la Universidad de Antioquia y sus iniciativas para promover la creación de grupos de estudio sobre marxismo y psicoanálisis. Es un relato bien contado, sostenido por el testimonio fiable de estudiantes y profesores que lo conocieron por aquellos días, testigos de sus clases y conferencias, de su influencia en el ambiente universitario, y del repentino abandono de una actividad política de carácter marxista para irse a Cali como director del Centro Psicoanalítico Sigmund Freud.

La tercera crónica que se deja leer es la 12. *Doctorado Honoris Causa* que describe su incorporación al profesorado en la Universidad del Valle, el título *honoris causa* que allí recibe, la aceptación que lograron en el estudiantado sus escritos y sus conferencias sobre Thomas Mann y textos literarios, y sobre Heidegger, Sartre y temas filosóficos; y el fracaso final como profesor por su apatía radical con todo formalismo burocrático.

En estos tres casos se logra recrear la atmósfera de ruptura que Zuleta trajo a los claustros tradicionalistas, por el método oral de sus conferencias, por el novedoso contenido de éstas y por sus relaciones informales con colegas y estudiantes. La corriente de lecturas de los grandes filósofos y escritores europeos, y el consiguiente debate y confrontación de sus textos que logró estimular, todavía perduran como legado intelectual, tanto en Medellín como en Cali, y así se deduce de estos capítulos.

En los demás relatos, como primera señal de incoherencia, los títulos y los contenidos caminan en direcciones opuestas. El cap. 1. *El entierro* nos da un descaecido relato de ocho páginas sobre el barrio en que EZ vivía cuando murió en Cali y la vida que llevaba en sus últimos meses (págs. 27 a 35), mientras el tema del entierro, a través de cuatro páginas, intenta entrar en materia sin conseguirlo (págs. 36 a 39). De todos modos tiene valor de pincelada cruel la anotación de que llevaron el cuerpo sin vida "...a la morgue del Hospital... ya vestido con saco y corbata, maquillado y pulcro" (pág. 36). También ésta: "Una silenciosa asamblea de borrachos le acompañaba" (pág. 37).

El cap. 11 se llama *Freud*, pero apenas menciona la actividad del Centro de Psicoanálisis y nos deja, en cambio, dos relatos de muy diferente significa-

do. En las págs. 179 a 188 se cuentan los experimentos realizados por EZ en la crianza y educación de los tres hijos de su primer matrimonio, los cuales tuvieron su cabal frustración en “la contraescuela Franz Kafka”, de cuyos resultados en la formación de los dos hijos mayores, Silvia y José, aparecen dramáticos esquemas en págs. 179 a 182. (La extrema brevedad del relato no favorece su autenticidad, ya que tema tan delicado exigiría mayor extensión y profundidad). El resto del capítulo describe la incursión dentro de las intensas luchas sindicales del Valle del Cauca, hecha con los tres números del periódico *Ruptura* y las propuestas sobre cultura y línea política para los líderes obreros. Reduciendo aquellas actividades a un criterio pragmático, el autor las evalúa así: “...todo devendría en un imposible social, en un fracaso. Estanislao, como político, desde los tiempos de Sumapaz sólo conoció descabalgos personales”. (Cito esta frase como reveladora de la perspectiva que Vallejo tiene sobre el accionar de EZ).

El libro transcurre en un desorden de brochazos sueltos, inconexos, que no alcanzan a poner ni un poco de coherencia en la descripción y el análisis, sino que forman una nube errática que pasa sobre EZ y su época. No hay cortesía hacia el lector que espera fechas precisas, orden en los elementos de una existencia desordenada, análisis de quien hizo de su vida una constante preocupación por el pensamiento.

Para quien tenga la intención de leer estas crónicas copio un párrafo como muestra del estilo que va a encontrar: “Esa casa, la de la sexta, debió pertenecer a alguna familia muy numerosa por lo grande de la casa. Ahora se metían decenas y decenas de personas empujándose, codeándose siempre, embutiéndose para encontrar dónde ubicarse en esa casa tomada por una nueva familia demasiado grande para una casa ahora chiquita. (pág. 147 –subrayados del reseñador).

Se tiene, además, la impresión de que cuando el biógrafo tenía listo el original para entregarlo al editor, vertió sobre el escrito, como quien derrama tinta, largos textos grecolatinos, en especial sobre los males que ha padecido Colombia y su génesis interna y externa. Me ahorro –le ahorro al lector– la transcripción de esos apartes; pero si alguien quiere comprobarlo puede leer las págs. 65, 77 y 83 sobre la violencia; 66 sobre el cardenal Micara; 67 y 68 sobre Zuleta Ángel; 80 sobre el obispo Builes; 106 sobre la vida de los jóvenes; 265 sobre la situación política en el país y el mundo.

Pienso que si las frases que componen este libro hubieran sido pronunciadas de viva voz, con el método oral que tanto utilizó EZ, se las habría llevado el viento. Sólo por haber sido puestas en letra de imprenta y en pliegos encuadernados atrajeron nuestra curiosidad de lectores y se colaron como objeto de reseña en esta revista. Son los prodigios del agua del Corán. 